



Más allá de las urbes “epilépticas”, “civilizadas” y “nerviosas”.

Roberto Arlt en su recorrido por algunas ciudades de España

Laura Juárez

Universidad Nacional de La Plata- CONICET
juarezlauras@yahoo.com.ar

Resumen

La ponencia reflexiona sobre algunas de las crónicas del viaje que Roberto Arlt realiza a España entre 1935 y 1936 como corresponsal del diario *El Mundo*. A este respecto, analiza cómo, además de un narrador testigo de los avatares de la política española, hay un tono que se impone en muchas de las aguafuertes madrileñas y vascas, y ese tono es el elogio, la fascinación por lo otro y la construcción de un mundo paralelo y diferente, alternativo al orden de la experiencia vital (Buenos Aires, el lugar desde donde viene Arlt). La sociedad y el paisaje urbano español son depositarios de la percepción de un orden “incontaminado” de salud y bienestar que se separa y opone a ciertas leyes que regulan el mundo “civilizado”: la urbe porteña, tal como la percibía Arlt.

Palabras clave: *ARoberto Arlt – viaje – España – aguafuertes – crónicas*

Sanos. Impresión de salud tan violenta y agradable, que uno (y no me canso de repetirlo) siente que renace, que toda la mugre que le habían contagiado las ciudades nerviosas se le evapora del alma.

En Madrid es menester andar [...] con pensativo paso de hombre entusiasta, que aspira como un pulpo por sus ventosas la preciosa sustancia de este ambiente teñido. Roberto Arlt

En 1935 y 1936 Roberto Arlt viaja a España y África como corresponsal del diario *El Mundo* y desde allí envía sus impresiones de viajero. Narrador gozoso y escritor aventurero que se deleita en lo diverso, Arlt se presenta en estos textos escindido entre el dejarse llevar que propone la aventura del viaje y el compromiso de ser un espectador veraz y un cronista político de los hechos. Si bien muchas de las notas se alejan del pintoresquismo y los modos de representación de la tarjeta postal y, como ha estudiado Sylvia Saïtta, Arlt se convierte en un testigo de la tensa situación económica y política y de la fuerte crisis social que atravesaba la península,¹ también cabe considerar cómo, paralelamente y en crisis con este punto de vista, sus aguafuertes españolas retoman algunas de las fórmulas que remiten a lo típico y a lo

¹ Véase, además de los prólogos de las ediciones de las aguafuertes madrileñas, gallegas y asturianas y vascas al cuidado de Sylvia Saïtta, su artículo: “Nuevos viajeros, otras miradas: Roberto Arlt en España” (1999)



pintoresco de la escritura de viajero. Además del cronista político y social y del viajero testigo hay un tono que se impone en muchos pasajes del viaje a España (las notas sobre Madrid, las aguafuertes vascas, entre otras) y ese tono es el elogio, la fascinación por lo otro y la construcción de un mundo paralelo y diferente, alternativo al orden de la experiencia vital (Buenos Aires, el lugar desde donde viene Arlt). En las aguafuertes españolas, lo representado se vincula, en muchos casos, con una valoración positiva y el ojo arltiano muestra reiteradas veces como ideales, a los sujetos y sus psicologías, asociados siempre al ámbito de lo extraño.

“¿Qué diré del paisaje y del alma del hombre?” —afirma el cronista—, “En España, la belleza del paisaje la determina el alma del hombre”. Porque, ciertamente, según Arlt, “Para el extranjero, vivir en España equivale a enamorarse de España”: “Soy un apasionado de España, —añade— día a día voy paladeándola más profundamente en sus individuos, [...] se goza en el vivir de cada día, en el declive de cada hora, en la gratitud profunda que suscita en nuestros sentidos” (“El magnetismo de España”, 1935). España resulta, entonces, un territorio que se disfruta en distintos órdenes de la sensación: se paladean sus individuos como un vino capitoso (“El magnetismo de España”, 1935), se saborea el espectáculo de hombres y paisaje como un trozo de pan caliente (Arlt, “Psicología de la masa española, 1935), conmueve su cordialidad como “una descarga eléctrica”, y el aire tibio y el paisaje “escalofrían de satisfacción” (“El magnetismo de España, 1935). Esta es la razón por la que España es “alegre”, a diferencia de Buenos Aires, el lugar desde donde mira Arlt.

En efecto, una serie de oposiciones entre el sitio del viaje y el universo de origen atraviesa estos textos. Ellas contraponen un espacio idealizado, una sociedad armónica y feliz, a una civilización “epiléptica” y “nebulosa” que pone en crisis a los sujetos. Así se contrastan, entre otras cosas, la “viveza criolla” y la “sinceridad hispana”, una “vida interior simple y profunda” y la “gente gastada, y también, aparecen enfrentados: “benevolencia” y “engañifa”, “pequeñas ciudades de España” y “grandes urbes americanas”, “amabilidad” y “hostilidad”, “predisposición festiva” y aburrimiento”, “honradez” y “trampa”.² Un caso representativo en este juego de opuestos entre España y el mundo porteño es la representación de un cuadro-paisaje citadino de Granada:

Estoy sentado en el café Royal frente al Ayuntamiento de Granada. Anochece. Instante en que el cielo español pasa misteriosamente del verde opalino al azul prodigioso del amanecer; hora extraña, más profunda que un decorado teatral. [...] Las mesas del café, dispuestas en hilera

² Las aguafuertes donde aparece principalmente la construcción de esas oposiciones y que consideramos en este trabajo son: “El caso Porrira” (1935), “Viveza criolla y sinceridad hispana” (1935), “La individualidad española” (1935), “El magnetismo de España” (1935), “Psicología de la masa española” (1935).



hasta la mitad de las calzadas, están ocupadas por familias; hombres de edad y jóvenes, muchachas y señoras. Conversan animadamente, a veces estallan a carcajadas [...]

Yo miro y saboreo este espectáculo [...] Observo la conversación de los hombres con las mujeres, el natural desenvolvimiento de la charla, las risas espontáneas, las pupilas limpias, la cordialidad sana [...]

-Esta gente parece que hubiera sido lavada con agua lavandina. Brillan al modo de las cocinas antiguas, donde no hay lujo, pero el muro es de piedra, y el caldero de cobre. Y ello es suficiente para cocinar una sana comida.

Eso.

Sanos. Impresión de salud tan violenta y agradable, que uno (y no me canso de repetirlo) siente que renace, que toda la mugre que le habían contagiado las ciudades nerviosas se le evapora del alma (Psicología de la masa española, 1935).

Como puede verse en la cita, la nota describe un estado de armonía placentera entre los hombres y el paisaje de Granada, que contrapone las “existencias” “simétricas”, “limpias”, “espontáneas” y “cabales”, a las subjetividades negativas de las ciudades “nerviosas”, como Buenos Aires. Asimismo, son estas “ciudades nerviosas” cuyos rasgos hacen productiva, según Arlt, la novela psicológica —y los dramas del tipo dostoiévskianos, como “*El Crimen y el Castigo*”, que se cita en este texto—, las que quedan caracterizadas, en oposición, por la “psicología mórbida” de sus habitantes, la “putrefacción de los sentimientos”, la “descristalización del individuo”, la mugre y la hipocresía: “Los personajes de las novelas psicológicas aquí en España morirían de consunción”, agrega el cronista. La sociedad y el paisaje urbano español son depositarios, entonces, de la percepción de un orden “incontaminado” de salud y bienestar que se separa de muchas de las leyes que regulan las urbes “epilépticas” y el mundo “civilizado”. Así, las imágenes de *incunditas*, *venustas*, y *salubritas*, que pueden remontarse a la más larga tradición paisajística,³ se asocian reiteradamente al territorio español y se repiten a lo largo de muchas aguafuertes. Como también en el caso del caserío vasco, que resulta un espacio recoleto y refugio de la civilización y un lugar donde “El alma se encoge despavorida en presencia” de la rectitud de estas vidas (Arlt, “El caserío vasco...”, 1935: 123):⁴ “Habitar un tiempo entre esta gente de la montaña, —afirma Arlt en otro lugar, haciendo referencia, asimismo, al País Vasco—, es darse un baño de vida honesta, higienizarse el alma de toda la basura que amontonó en el continente ese torvo trapero que se denomina civilización” (“La naturaleza profesional”, 1935: 45).⁵

³ La *incunditas*, *salubritas* y *venustas* son caracteres que pueden retrotraerse a las primeras manifestaciones de la tradición paisajística (Silvestre y Aliata, 2001).

⁴ Dice Arlt allí, además: “Caserío vasco, dados desparramados en un abultamiento de paño verde. ¡En verdad eres el último refugio del año mil!” (124).

⁵ También en la visión arltiana de África se reiteran estas ideas. Véase: Juárez (2000).



También la figuración de Madrid ofrece, en este sentido, aspectos singulares. Como afirma Sylvia Saítta, después de casi un año transcurrido en el viaje lejos de Buenos Aires, cuando Arlt llega a Madrid lo fascina el reencuentro con la gran ciudad. Porque si bien Arlt había recorrido ciudades importantes como Sevilla, Oviedo, Granada o Bilbao, el ritmo de Madrid lo cautiva en pocos días. Entonces, “Arlt se entrega a la ciudad como un apasionado y recorre sus calles con la lenta parsimonia del enamorado que va descubriendo cada uno de los rasgos de la persona amada” (Saítta, 2000: 8), y se hipnotiza con el “encanto brujo” y la alegría de Madrid.

Porque, en efecto, Madrid es alegre, y es alegre porque es populosa,⁶ pero también por el enlace de opuestos y la variedad, por la multiplicidad de un espacio que todo lo mezcla —individuos, arquitecturas, temporalidades— y que satisface, de este modo, la avidez por lo diverso del sujeto que, como comentamos más arriba, se perfila en estos textos: “Madrid se adorna de diferenciadas alegrías” [...] “Todo confabula para crear alegría en Madrid [...] [la] diversidad de iluminaciones, de arquitecturas, simetrías, de urbanizaciones, compone la máscara sui géneris del Madrid inquietante, su personalidad fantástica, inexplicable, provinciana, grotesca, deliciosa, apasionante” (“La alegría de Madrid. Primera parte, 2000: 34). Una capital donde se viven simultáneamente el enigma, el misterio, la sensación de la multitud y el éxtasis del desorden —“Dimana de este caos, afirma el cronista, la alegría de Madrid” (“El color de Madrid. Primera parte, 1936)—, resulta para Arlt un caos alegre que “matiza los días” con su colorido. Así, a diferencia de Buenos Aires, que, por momentos, se transforma en las aguafuertes porteñas en un “emporio infernal”,⁷ en la populosa Madrid no parece haber lugar, como en la urbe porteña, para la criminalidad, el delito, lo siniestro y lo monstruoso; el mundo “canalla” que Arlt vinculaba en ocasiones, a la gran ciudad.

De la heterogeneidad de ese espacio surge, entonces, una conjugación ideal entre presente y pasado que capta como un hechizo la percepción de Arlt. Porque en Madrid, “el

⁶ Como afirma el cronista: “la casa de planta baja, el barrio solitario”, ese barrio que Arlt desestima, no se encuentran allí; porque Madrid, si bien es más pequeña que Buenos Aires, parece más populosa (Arlt, “La alegría de Madrid. Primera parte, 2000: 33).

⁷ Véase, a este respecto “El placer de vagabundear” (1996: 93-93) En esta aguafuerte el cronista describe su búsqueda de lo extraordinario, de las “historias crueles” y del mundo “canalla” en las calles de Buenos Aires, y el modo en que “la ciudad desaparece para convertirse en un emporio infernal”. Dice Arlt: “¡Cuántos dramas escondidos en las siniestras casas de departamentos! ¡Cuántas historias crueles en los semblantes de ciertas mujeres que pasan! ¡Cuánta canallada en otras caras! [...] Los extraordinarios encuentros de la calle. Las cosas que se ven. Las palabras que se escuchan. Las tragedias que se llegan a conocer. Y de pronto, la calle, la calle lisa y que parecía destinada a una arteria de tráfico con veredas para los hombres y calzada para las bestias y los carros, se convierte en un escaparate, mejor dicho, en un escenario grotesco y espantoso donde, como en los cartones de Goya, los endemoniados, los ahorcados, los embrujados, los enloquecidos, danzan su zarabanda infernal”.



tiempo ha espolvoreado la ciudad de pequeñas sorpresas [...] Los edificios altos penetran con sus rústicas boardillas en el cielo [...] y los faroles [...] con su caja poligonal, aprisionando un mechero de gas, en el que arde una chispa verde, nos sitúa [sic] en el siglo pasado!” (“La alegría de Madrid. Segunda Parte, 2000: 38”).⁸ “El español —afirma Arlt—, adorna su ciudad con rascacielos para que el extranjero no pueda reprocharle quietismo africano, pero en el fondo de su provinciana pereza ha descubierto que a la civilización se le pueden entresacar fórmulas para vivir bien. Y mientras tal orden de cosas dure, Madrid será feliz” (“La alegría de Madrid. Tercera parte”, 2000: 44). Ciertamente, a diferencia de las ciudades antiguas y tristes que, como Pontevedra o Santiago de Compostela, aburren con su apariencia pétreo la percepción de Arlt, la conjunción de esta doble temporalidad que permite una civilización particular (a la que se le puedan sacar “fórmulas para vivir bien”, en términos de Arlt), se hace patente también, de modo tan elocuente en las normas de civilidad que hasta cambian los caracteres relacionados al mundo del trabajo. Así, el burócrata madrileño es feliz, a diferencia de su equivalente “el chupatintas” porteño, agobiado por el terror de “la cesantía”, como aparece retratado en muchos de los textos arltianos, y se expresa de modo contundente en *La isla desierta*, una de sus piezas teatrales, de 1936.

Si a Arlt le fascina, entonces, la conjugación ideal de presente y pasado que descubre en Madrid, también se sorprende con la temporalidad particular que encuentra en el País Vasco. Porque en algunas regiones de Euskadi, lo antiguo se incrusta en lo actual y la permanencia de tradiciones ancestrales provoca contrastes asombrosos:

Las viejas de abultada espalda y cabeza empañolada, pasan y se persignan devotamente, y por la noche, cuando el forastero se adentra a un cine y mira proyectada en la pantalla la silueta de los rascacielos de Nueva York, tiene que hacer un esfuerzo extraordinario para admitir que sobre el mismo planeta se encuentran la aldea vasca cuyas costumbres difieren poco de la del año 1000, y las ciudades donde trabajan con ametralladoras las series de gangsters arruinados por la derogación de la ley seca. Y uno por momentos vacila y se cree víctima de la deliciosa enfermedad mental del héroe de la plaza de Berkeley” (“Cruces monumentales”, 2005: 144).

Así, mientras la experiencia de la fugacidad es una de las que organiza la representación de lo urbano en las aguafuertes porteñas y también, en las novelas de Arlt

⁸ En otra aguafuerte, dice Arlt que en Madrid, “una ciudad con subterráneos, rascacielos, tranvías”, “los rascacielos de la Gran Vía no han conseguido eliminar” el pasado y las costumbres antiguas (“La alegría de Madrid. Tercera parte”, 2000: 44).



donde se presenta, por ejemplo, en ocasiones la urbe en su fragmentario proceso de edificación, en la patria de los vascos, como puede apreciarse en la cita, Arlt percibe, en muchos casos, la sensación de lo inmutable. Es por ello que describe un contraste entre este territorio y su lugar de origen, que pasa a caracterizarse como un espacio sujeto a incesantes cambios: “Para nosotros —dice el cronista en la aguafuerte donde relata la tradición familiar ligada a la casa y al terruño, titulada “El mayorazgo”— inquietos inquilinos de ciudades donde vemos derribar viviendas que fueron construidas cuando éramos adolescentes”, los problemas asociados a la casa y el nombre nos resultan extraños y difícilmente comprensibles (2005: 127). De esta manera, si en las notas porteñas se inscribe, por momentos, un cronista fascinado por la urbe moderna, que alterna su perspectiva con una visión nostálgica del pasado que es reclamo y anhelo, a la vez, de una sociedad más integrada cuyo orden se sabe que no volverá,⁹ la aparición de otra cronología en el país vasco y una coalición de presente y pasado en Madrid confiere, en los dos casos, el encanto y la nota distintiva, y en Madrid, particularmente, “el color” y “la alegría”. Otras leyes de funcionamiento del mundo se hacen presentes, de esta forma, en España.

De todos modos, y volviendo al particular caso de Madrid, pareciera que lo que realmente fascina a Arlt de esa urbe es su “sinfonía de colores envejecidos” y, podría decirse en las aguafuertes madrileñas, la percepción “del enamorado” (Saïtta, 2000) desdibuja el énfasis en los rascacielos, subterráneos y tranvías, y el universo representado acentúa la fascinación y el encuentro del cronista con el pasado:

Madrid es apasionante. A medida que más uno se calienta la planta de los pies en sus callejuelas, mejor se le van echando encima de los ojos estos *cromos barnizados por el tiempo*. Y es que a medida que la mirada se torna más experta y amorosa, más y mejor cata las *franjas de su viejo colorido, el pastel de sus estampas, la mohosa viruela de sus cerrojos y aldabones, los agrietados cielorrascos de los zaguanes, la polvorienta jaula de arañas de los picos de gas...*[...] Y es necesario amar sus plazuelas, con altos árboles de armazones peladas y faroles oxidados en un pañuelo de tierra entre portadas amarillas de antiguas imprentas y frentes de comercios de 1830, enlucidos de quebrados azulejos dorados y celestes.

Madrid es una sinfonía de colores envejecidos. [...] ¡Si uno se siente tentado a robarse la portada de la taberna! [...]

⁹ Dos aguafuertes bien significativas para ver la perspectiva nostálgica de Arlt son “Molinos de viento en Flores” (1996.) y “Para qué sirve el progreso” (1975). También puede considerarse, para esta cuestión, entre otros, textos como “Elogio de la ciudad de La Plata” (1993) o “Pueblos de los alrededores” (1993) donde se marca el contraste con la urbe porteña. Véase a este respecto, también, la “Introducción” de Sylvia Saïtta a las *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana* (1993).



¿Dónde se halla el poeta madrileño que cante con justeza la belleza arcaica, rugosa, de esta ciudad caótica y antigua? (“El color de Madrid, 2000: 44-45)¹⁰

La cita muestra la fascinación de Arlt por el exotismo madrileño que se descubre en las marcas del paso del tiempo y en la “belleza arcaica” de la ciudad “caótica y antigua”. Efectivamente, tan exótica es Madrid que por momentos Arlt cree estar en África y mira la ciudad desde un aparato perceptual que se relaciona con su viaje a Marruecos.¹¹ El cronista encuentra, de esta manera, imágenes de cierto aire africano en lo arcaico de Madrid,¹² que constituyen una de las zonas por las que la urbe despierta su atractivo y sensibilidad. Si, por otra parte, el paradigma de lo pintoresco da primacía, en las formas de la representación, a la mezcla y la irregularidad, a la línea curva y lo variado, da cabida a los objetos cuando su uso banal es suavizado por la historia o tamizado por el tiempo, e implica, asimismo, un acercamiento de lo figurado al mundo del arte y la cultura,¹³ todo contribuye, ciertamente, a conformar una perspectiva pintoresquista sobre el Madrid antiguo que aparece en estos textos. Las calles estrechas, ondulantes y “torcidas”, los faroles de hierro oxidados y “sentimentalmente inclinados”, el caos en la ciudad, donde se eliminan las simetrías y las líneas rectas, la acentuación de los contrastes, la “belleza rugosa”, “los agrietados cielorrasos” y el *barniz temporal*. Se trata, en palabras de Arlt, de la ciudad que se encuentra cuando se “entra al Madrid castizo”. “Es el Madrid tortuoso, populoso, de callejuelas curvas, zigzagueantes, con faroles de gas aún encendidos, con cúpulas de árboles tras de plazuelas tapiadas, sucias estaciones de Metro, recovas, tabernas del siglo XVIII con muros cubiertos

¹⁰ El subrayado es nuestro.

¹¹ Afirma Arlt, en este sentido: “hoy, bajo una llovizna de las tres de la tarde, me perdí allá por la calle del Pez, cuando creía estar perfectamente orientado. [...] Y de pronto, en las tres de la tarde, a menos de mil metros de la Gran Vía, me encontré con una feria olvidada en medio de la calle [...] Y mientras caminaba llevaba cuentas de las balanzas y platillos de bronce abandonados en el cruel pavimento de la callejuela [...] y la calle de Pelayo a las tres de la tarde resultaba maravillosa con las vereduelas emporcadas de haces de pasto, cáscaras de naranjas, esfoladuras de berzas, tronchos de plátanos y completaban el cromo sus ancianas detenidas en los pórticos de madera de las buñolerías o catando un jarro de leche caliente frente a sus puestos. [...] y yo no creía estar en Madrid a menos de mil metros de la Puerta del Sol, sino en el Zoco Grande de Tánger” (“El color de Madrid”, 2000: 45-47).

¹² Sylvia Saïta observa muy acertadamente que “un eje que recorre estas notas es la confrontación entre dos temporalidades: una temporalidad moderna que vincula a Madrid con su presente europeo, y una temporalidad arcaica, que pareciera emparentarla con cierto aire africano” (2000:11).

¹³ Véase, para la cuestión de lo pintoresco el libro de Pere Salabert (1995: 58), y, del libro de Silvestri y Aliata, especialmente, los capítulos “Bello, sublime y pintoresco” y “III. *Ut pictura hortus*: la arquitectura del jardín pintoresco” (2001: 87-93 y 106-129, respectivamente). También, en la página 158 de se mismo libro se hace referencia a lo “pintoresco en la ciudad” como “una categoría que admite lo suavizado por la historia, lo íntimo, lo rústico, las perspectivas quebradas y los caminos serpenteantes”.



de portadas de madera y braceros encendidos junto al cordón de la acera” (“La alegría de Madrid. Segunda Parte, 2000: 37).

De esta manera, podemos decir que si un tono se impone en los pasajes comentados ese tono es el elogio, la fascinación por lo otro y la construcción de un mundo paralelo y diferente, alternativo al orden de la experiencia vital: “Y sonrío gozando este pedazo de mi vida que es un sueño”. Ciertamente, Roberto Arlt construye en estos textos un enunciador escindido en su carácter de testigo veraz y cronista político de los hechos y estas notas anuncian nuevos modos de representar en su literatura que el impacto del viaje afianza y vehiculiza. Una nueva perspectiva y también un nuevo tipo de sujeto, las aguafuertes españolas introducen así postales “iluminadas” y cuadros de color, ciudades cordiales, mundos alternativos y paisajes de ensueño.

Bibliografía

Crónicas de Roberto Arlt citadas:

Arlt, Roberto (1935). “El magnetismo de España”. *El Mundo*. 27 agos.

Arlt, Roberto (1935). “Psicología de la masa española”. *El Mundo*. 7 sept.

Arlt, Roberto (1935). “El caso Porrira”. *El Mundo*. 13 may.

Arlt, Roberto (1935). “Viveza criolla y sinceridad hispana”. *El Mundo*. 9 jun.

Arlt, Roberto (1935). “La individualidad española”. *El Mundo*. 10 jul.

Arlt, Roberto (1936). “El color de Madrid (primera parte)”. *El Mundo*. 30 ene.

Arlt, Roberto (1975). “Para qué sirve el progreso”. Arlt, Roberto, *Nuevas Aguafuertes*. Buenos Aires, Losada, 14-18.

Arlt, Roberto (1993). “Elogio de la ciudad de La Plata”, “Pueblos de los alrededores”. Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*. Selección y prólogo de Sylvia Saïtta, Buenos Aires, Alianza, 8-11 y 38-41.

Arlt, Roberto (1996). “Molinos de viento en Flores”, “El placer de vagabundear”. Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, Losada, 12-14 y 92-94.

Arlt, Roberto (2000). “La alegría de Madrid. Primera parte”, “La alegría de Madrid. Segunda parte”, “La alegría de Madrid. Tercera parte”, “El color de Madrid”. Arlt, Roberto, *Aguafuertes madrileñas. Presagios de una guerra civil*. Prólogo compilación y notas de Sylvia Saïtta, Buenos Aires, Losada, 33-47.

Arlt, Roberto (2005). “La naturaleza profesional”, “El caserío vasco. Viviendas en señorial aislamiento. Interiores severos y sombríos”, “El Mayorazgo”, “Cruces monumentales”. Arlt, Roberto, *Aguafuertes vascas*. Prólogo compilación y notas de Sylvia Saïtta, Buenos Aires, Simurg, 45-48, 121-124, 125-128 y 141-144.



Otra bibliografía citada:

Juárez, Laura (2000). "La representación del espacio africano en la literatura arltiana de los años treinta". AAVV, *Diez lecturas de Arlt*. Buenos Aires, Fundación *El Libro*.

Salabert, Pere (1995). *Figuras del viaje. Tiempo, arte, identidad*, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Saítta, Sylvia (1993). "Introducción". Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*. Selección y prólogo de Sylvia Saítta, Buenos Aires, Alianza, I-XVI.

Saítta, Sylvia (1999). "Nuevos viajeros, otras miradas: Roberto Arlt en España", en *Hispamérica. Revista de literatura*, año XXVIII, nº 82.

Saítta, Sylvia (2000). "Prólogo". Arlt, Roberto, *Aguafuertes madrileñas. Presagios de una guerra civil*. Prólogo compilación y notas de Sylvia Saítta, Buenos Aires, Losada, 7-21.

Silvestri, Graciela y Aliata, Fernando (2001). *El paisaje como cifra de armonía*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Datos de la autora

Laura Juárez es Doctora, Licenciada y Profesora en Letras egresada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, con una tesis sobre Roberto Arlt en los años treinta. En la actualidad es Investigadora Asistente de CONICET y se desempeña como docente de la cátedra de Literatura Argentina II de la UNLP. Se especializa en temas de literatura argentina y ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales.

